



PRIMEROS SUSCRITORES: SUS Magestades y Altezas.

AÑO III.

10 Junio 1866.

NÚM. 25.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes.
—18 trimestre.—54 seis meses.—66 año.

EN PROVINCIAS

SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.

Tres meses, 24.—Seis, 42.—Año, 80.

ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-

RICO. 6 pesos año.

AMÉRICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.

POR COMISIONADO.

Tres meses, 28 rs.—Seis, 6.—Un año, 84.

ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO,

RICO. 7 pesos.

AMÉRICA Y ASIA. Un año, 9 á 14 pesos.

REDACCION.

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

ADMINISTRACIONES.

MADRID: Capellanes, 10, principal.

VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º

HABANA: D. Benito G. Tanago.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administraciones principales en Madrid, Valencia y la Habana.

PROVINCIAS.

Casa de los corresponsales y administradores de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 reales uno.

SUMARIO.

Crítica literaria, poesías del marqués de Cabriñana, por don Teodoro Llorente.—Fábula, La Joroba, por D. Vicente Greus.

—Galicismo, por D. Alejandro Buchaca y Freire—Gottardo Aldighieri, por D. M. D. Mantesinos.—Cantares, por D. Ricardo Sepúlveda.—El Mundo, por D. J. S. Carrasco.—Fausto, por D. P. G. C.—Pensamientos y máximas, por D. Jacinto Labaila.

Grabados El Rey Víctor Emmanuel respondiendo á las manifestaciones del pueblo en favor de la guerra desde el balcón del palacio de Pitti en Florencia.—Sra. María Spezzia y Gottardo Aldighieri en la ópera *Giuditta*.

CRÍTICA LITERARIA.

POESÍAS DEL MARQUÉS DE CABRIÑANA.

No se ha perdido por completo en nuestra decadencia aristocrática histórica, el simpático y gallardo tipo de aquellos caballeros españoles que con la misma superioridad dirigían las haces en los campos de batalla ó los asuntos de Estado en los consejos del reino, que cultivaban las letras, pulsando la lira de oro de los poetas. No hay mas que recordar al duque de Rivas y al marqués de Molins, para convencerse de que aun anima la fecunda sabiduría del ingenio el árbol añoso y mutilado de la nobleza española, que un tiempo protegió con sus floridas ramas el desenvolvimiento de la cultura literaria.

D. Ignacio María Martínez de Argote, marqués de Cabriñana, es uno de esos poetas aristócratas, que honran á las letras, rindiéndoles un culto puro y desinteresado. Dedicado á servir á su patria en toda la escala de la vida pública, que con notable celo ha recorrido hasta hallarse hoy día investido con la alta dignidad de senador del reino, ha conservado viva en su corazón la llama creadora de la poesía, y sus versos, no tan numerosos como los del que tiene el escribir por cansada aunque honrosa profesion, han sido oídos con gusto en los círculos literarios, siempre que algun eficaz motivo ha despertado su pudoroso númen. Estas poesías, escasas en número, pero abundantes en preciada belleza, son las que acaba

de coleccionar el marqués de Cabriñana en un elegantísimo volumen, cuya primorosa impresion honra en verdad al establecimiento tipográfico del Sr. Rivadeneira. Debemos á la galantería del autor este libro, con el cual obsequia á los amantes de las buenas letras, y seríamos demasiado egoístas si en alguna parte no hiciéramos partícipe al público de las bellezas que contiene.

Hemos dicho que el marqués de Cabriñana es un poeta aristócrata, y no hemos querido significar con ello solamente el ilustre rango social del autor, sino tambien la índole de su ingenio y la tendencia de sus gustos. En estos dias en que reina la *musa pedestris*, fácil inspiradora de romances, seguidillas y cantares, nuestro autor ha conservado el respetuoso culto á las formas noviliarias de la poesía clásica, y lo que vale mas que ese amor algo supersticioso á una forma demasiado exclusivista, una inspiracion levantada y digna que se cierne siempre con reposado vuelo en las mas serenas alturas de la poesía. Una tendencia moral, religiosa, hidalga, *altamente española*, como observa el ilustrado crítico D. Leopoldo Augusto de Cueto, en el prólogo que precede á los versos del marqués de Cabriñana, reina en todos ellos, y les imprime un carácter digno de loa en estos tiempos de rebajamiento literario.

Y como poeta aristocrático, al mismo tiempo que severo y digno en el fondo, se muestra pulcro y esmerado en la forma, sujeta con escrupulosa precision á las exigencias de la antigua poética. Digno discípulo de la escuela andaluza, que ha dado su brillante y limpio colorido á la poesía

castellana, el marqués de Cabriñana reúne las especiales condiciones que suelen sobresalir en los poetas cordoveses, sevillanos y granadinos, los cuales forman las tres ramas de aquella gloriosa escuela. Córdoba, su patria, le ha dado la lozanía de diction, la robustez y la sonoridad de la frase; la escuela sevillana, tan célebre por su pulcra correccion, ha contenido en los justos límites la exhuberancia cordovesa, y la dulce ternura de los vates granadinos, ha dado un ligero tinte de sentimiento á sus sonoros y limados versos.

Por cualquier parte que abramos el libro encontraremos esa feliz armonía de cualidades de estilo. Hé aquí una muestra de poesia amorosa, en la que se une la clásica belleza de la descripcion á la delicadeza de sentimiento, recordándonos las tiernas églogas de Garcilaso:

¿Te acuerdas, di, cuando la clara luna,
En la tranquila noche silenciosa,
Al verte tan hermosa,
Envidiaba tu amor y mi fortuna?
¿Quedó en el prado ameno,
Por modesta que fuese, flor alguna,
Que no te presentara de una en una,
Para que tú eligieras
Y en el blondo cabello la pusieras?
Aun me parece, hermosa, que te miro,
La sien ornada de pintadas flores,
Al aire dando plácido suspiro,
Y endechas de purísimos amores.
Reclinado en tu falda,
El mirto y arrayan entretegia,
Con la amarilla gualda,

Que á tu frente de nácares ceñía.
 Tu blanca mano, que el amor hiciera,
 Ampo divino de brillante nieve,
 Con movimiento leve
 Posóse placentera
 En mi rubia ondulante cabellera,
 Y acarició las hebras que á mi espalda
 En perfumados rizos descendían,
 Cayendo voluptuosas en tu falda,
 Donde en revueltos pliegues se perdían.

Tu seno torneado
 Por las Gracias formado,
 Del aliento á compás tierno se agita,
 Y al labio ardiente incita
 El néctar á libar de sus amores,
 Como á la abeja el cáliz de las flores.
 Al mirarte reír me sonreía,
 Y si llorabas tú, también lloraba;
 Si tu amoroso corazón latía,
 Mi corazón amante palpitaba;
 Que era un alma no mas la que sentía,
 Y era un alma de amor que deliraba.

Si estos versos recuerdan por la belleza de las imágenes y la ternura del sentimiento los del enamorado Garcilaso, en la oda *A la Soledad*, encontramos toda la noble sencillez y tranquila filosofía del piadoso Fray Luis de Leon. Hé aquí algunas notas que parecen arrancadas á la lira de oro de este gran poeta:

¡Oh dulcísima paz, pura y sincera!

¡Oh soledad preciosa!

¡Oh dicha duradera,

Del hombre no estimada,

Por fácil y sencilla y verdadera!

No turba mi contento

Del falso adulador, siempre enojoso,

El fermentido aliento,

Que aspira con orgullo el poderoso.

Ni la sañuda faz me mira airada

Del que rige atrevido

La multitud osada,

El régio corazón de audacia henchido.

¡Ay del que dueño y vencedor del mundo

En su insensato orgullo se pregona!

Lanzado en el profundo,

De Dios á la mirada,

Su férreo cetro son y su corona,

Miseria y vanidad y polvo y nada.

Y tú, ciudad famosa,

Y agora solitaria y afligida,

Que á mis piés estendida,

Recuerdas tu poder triste y llorosa,

¿Qué de tus sábios? ¿Qué de tus varones?

¿Qué ha sido de tus reyes y blasones?

El profundo estudio que nuestro poeta ha hecho de los clásicos castellanos, le lleva á imitarlos, quizás con demasiada docilidad, como se nota en los anteriores versos que parecen calcados sobre la oda á *la vida del campo*, de Fray Luis de Leon, y la dedicada á *las ruinas de Itálica*, por Rioja. Del mismo modo, cuando empuña la épica trompa para cantar la conquista de Córdoba, en un *Rasgo épico*, premiado en los juegos florales de esta ciudad, lejos de pedir sus populares atavíos á la musa romántica que inspiró á su insigne paisano el autor del *Moro espósito*, se ciñe á seguir estrictamente las huellas de Ercilla y demás épicos españoles del siglo de oro, contándonos en robustas octavas los hechos de armas que constituían en otro tiempo todo el asunto de los poemas heroicos.

Y para ser en todo fiel reflejo de los autores clásicos, en los que su númen se inspira, hasta cuando juguetea su musa, pintándonos á una niña que corre en busca de rosas por un jardín, se

acuerda de las celebradas quintillas de nuestro poeta valenciano Gil Polo, y comienza así:

Huella con planta ligera,
 La hermosa niña Dolores,
 La deliciosa pradera
 De la encantada ribera
 Que esmalta el Bétis de flores.

Y mas adelante dice, llevando la imitación á su extremo:

Iba el prado recorriendo
 La encantadora Dolores,
 Mil florecillas cogiendo,
 Rica guirnalda tegiendo
 De matizados colores.

Junto á un rosal se ponía
 Y las rosas alcanzaba;
 Pero á veces no podía,
 Y el blanco brazo tendía
 Y los ramos deshojaba.

En una época en que la viciosa tendencia hacia lo que se ha llamado poesía popular, hace mirar con desden las formas poéticas sancionadas por la tradición literaria, y que habían llegado á formar de los versos una especie de idioma sagrado, es plausible que haya ingéños de gusto bastante delicado para consagrarse al culto de los vates clásicos, resistiendo con todas sus fuerzas á la creciente vulgarización de la poesía; pero quizás llevan á injustificable extremo la resistencia los que, como el marqués de Cabriñana, no quieren salir del círculo trazado por aquellos autores. Con el espíritu de los tiempos debe cambiar también el carácter de la poesía, y el estudio de los clásicos ha de servir, no para copiarlos, sino para perfeccionar las nuevas formas poéticas. Nuestro mismo autor, cuando se separa de la servil imitación de sus modelos, levanta el vuelo con noble independencia y osada valentía. Léase entre *sonetos*—género de metificación á que por su severidad de formas se muestra sin duda apasionado—el que dedica á *La Soberbia*:

«Oyeme, ¡oh sol! Á mi potente acento

Pára en el éter tu inmortal carrera;

Anhele alzarme á la azulada esfera,

Y hollar las nubes y escalar tu asiento;

»En tu espléndido carro el firmamento

Cruzar triunfante en mi arrogancia fiera,

Y de un soplo extinguir tu ardiente hoguera,

Velando en sombras la region del viento.

»Rayos lanzar en mi rencor insano;

Y el huracán soltando furibundo,

En montes herizar el Océano,

»Y volcarlo en mis iras sobre el mundo.»

Escuchóla el Señor..... tendió su mano,

Y cayó la Soberbia en el profundo.

Quien de este modo comprende y espresa la poesía, no debe limitarse al ejercicio académico de redondear y pulir trabajadas estrofas, aquilando la belleza conocida de los buenos modelos: si también en literatura es un pecado esa soberbia tan bien descrita por nuestro autor, no por eso deja de ser un embarazo y una rémora la escasa modestia.

TEODORO LLORENTE.

FÁBULA.

LA JORROBA.

Un mancebo de apuesto continente,
 Al andar por campiñas y lugares,
 Tenía la costumbre
 De elevar á los cielos su alba frente;

Y al bogar su mirada por los mares
 De luz que bañan la cerúlea cumbre,
 Alzaba el pecho, la cabeza erguía,
 Movíase con tanta bizarría,
 Que las gentes al verle, sin rebozo,
 Admiradas decían: ¡Vaya un mozo!

Pero un día las auras en su vuelo
 Trajéronle al doncel gratos olores,
 Bajó su vista y con placer vió el suelo
 Lleno de alegres y pintadas flores:
 Al siguiente punzaronle traidores
 Abrojos en el pié, y quitó del cielo
 Su mirada otra vez.—Desde aquel día
 Solo á la tierra dirigió los ojos.
 Por coger flores y evitar abrojos.....
 ¡Creyó que el mal y el bien de ella nacía!

Impregnado con tal filosofía,
 Andaba su camino
 Siempre inclinando el cuerpo hacia la tierra,
 Cabisbajo y mohino,
 Cual si estuviera con el cielo en guerra.
 Y en esta posición por demás corva,
 Le iba naciendo en la dorsal espina,
 Sin él notarlo, prominencia extraña
 Que la esbeltez y gallardía estorba,
 Vicio muy propio del que á asaz se inclina
 Y que joroba llámase en España.

Trascurrían los años con presteza
 Y el mozo en su teoría,
 Más y más inclinaba la cabeza,
 Y la joroba más y más crecía.

Por fin, siguiendo en tan errado juicio,
 Gigantesco ya el vicio,
 Le hizo arrastrar la frente, cual escoba,
 Por el inmundado suelo!....

Para evitar del vicio la joroba,
 No abandoneis la fe, mirad al cielo.

VICENTE GREUS.

EL GALICISMO.

Los antiguos pueblos, principalmente los romanos, denominaban bárbaro á todo extranjero; hoy se da este nombre al que es cruel, inculto ó temerario; y llaman barbarismo á cualquier dicho ó hecho inconsiderado; al uso de una palabra que no sea propia de la lengua, y aunque lo sea, siempre que esa se escriba ó pronuncie mal.

Según el origen de donde procede el vicio que se comete en estos tres últimos casos el nombre de barbarismo, se modifica llamándole latinismo, si procede del latín; germanismo, si del alemán; britanismo, si del inglés, etc. Yo, querido lector, que entiendo poco de gramática, daré otro giro á ese nombre derivado, que sirve de epígrafe á mi artículo, personificándolo en algún ente extraño que llame la atención por su escenaridad.

Figúrate ver á un gallo con espolines; es decir, á un mozo que pase de 25 años de edad y no llegue á los 40; que tenga el cabello rubio ó castaño, esto no importa; que vista exagerando el último figurín, bien llevando un *jaquette* de terciopelo, tan corto, que apenas le cubra tres centímetros mas abajo del *coxis*, ó bien un largo *paleto* de castor que le llegue hasta los talones; que, esto es de rigor, sea corto de vista, gaste quevedos, lleve la barba crecida y sea *fashionable* á la vista de algunas pollas. Pues á este personaje le llamo yo galicismo, y lo voy á describir.

Decía Napoleon I: «Que un tonto no es mas que un fastidioso; pero que un pedante no se pue-

de soportar.» Y yo temiendo que fastidie y se haga insoportable mi ente, pues es tonto y pedante á la vez, procuraré ser breve en la descripción para evitarlo.

El tipo que me ocupa suele haber estado algunas temporadas en París, hablar medianamente en francés, y poseer una modesta renta bastante para vivir sin trabajar.

Lleno de vanidad, y deseoso de llamar la atención para darse importancia, apela á demostrar el atraso de nuestra ilustración respecto á la Francia, y lo mucho que él se ha familiarizado con las costumbres del vecino imperio.

El galicismo es soltero, y no tiene obligaciones que le distraigan de sus exóticas ideas. Se acuesta y levanta tarde, tiene una casa con buen *comfortable*, y adornada á la *parisienne*.

Pasa horas enteras dentro de su gabinete de *toilette* delante del espejo estudiando mil posturas, y divide su barba en dos conos de pelo, que terminan por debajo en unos vértices muy agudos. Su *nécessaire* es de mucho gusto y esmerado trabajo.

Monta á caballo á la alta escuela, y cuando anda á pié, *sur les trottoirs*, da á sus pasos cierta gravedad, y se vuelve girando sobre el tacón del pié izquierdo. Saluda quitándose el sombrero, é inclinando el cuerpo hácia delante, hasta formar cuasi un ángulo recto.

Es fino para con los que cree superiores, y harto grosero para con los que considera inferiores.

Nada le contenta, todo lo halla defectuoso, ninguna cosa le satisface como no sea de Francia. Si come al estilo de nuestro país, no encuentra bocado que sea de su gusto, repite con frecuencia que hecha de menos la *soupe á la julienne ou aux croulons*, el *filet de chevreuil* ou el *paté de foies gras* de *chez Chevet*. Si bebe vino, nombra luego el *Chateau-Lafite*, el *Chateau margaux*, el *vin de Montesquieu*, *Frontignan*, *ou le Bourgogne et le Champagne*. Los quiere todos con buen *arome*.

No toma helados sin recordar *les granits*.

No entra ó pasa por delante de templo alguno que no lo compare con el de la Magdalena, y todos los paseos con *Les Champs Elysées*, *ou le Bois de Boulogne*.

Detesta los *soirées* que se dan en España.

No halla cuadros de pintura tan buenos como los que hay en el *Louvre*.

Es exigente con los artesanos que le trabajan, especialmente con el sastre, bien que él procura proveerse de trajes siempre que vuelve de París, único punto en donde se los cortan y cosen á su gusto.

Si por casualidad al pasar por algún sitio tropieza con alguien, en vez de decir, como es nuestra costumbre, «V. dispense,» haciendo alarde de que se le va olvidando el lenguaje español, dice: *Pardon monsieur*.

Hasta en la pronunciación trata de distinguirse de los españoles, y hace guturales las *r r r*, en vez de dentales.

Lee poco, y toda su lectura se reduce á leer á la Dama de las camelias, viendo una heroína en *Marguerite Gauthier*, ó bien lee otra obra de Dumas que se le parezca.

Gusta de oír la ópera italiana, y por los corredores del teatro tararea en voz baja el brándis de la *Traviata*.

En verano no quiere tomar baños por higiene que no sea en Biarritz, y suele ir á pasar el resto de la estación del calor en *Baden-baden* ó en *Spaá*.

Todas sus enfermedades internas las combate con los glóbulos homeopáticos, y las quirúrgicas

ó esternas con la tintura de árnica, en cuyo medicamento tiene mas fé que el héroe de nuestro Cervantes tenía en el bálsamo de Fierabrás. Sin embargo, algunas veces ha hecho uso de algunas cápsulas.

A manera de los moluscos, que siempre se adhieren á las rocas ó madréporas junto donde se crían, el galicismo se adhiere á las faldas del bello sexo. Las hijas de San Luis le tienen apasionado el corazón. En sus delirios de amor y de avaricia, confía que con sus gracias logrará la mano de alguna linda francesa que, además de poseer una renta de 200,000 francos, tenga una casa de recreo en *Saint-Cloud*, otra en Suiza; un palacio en París y otro en Florencia. Y ora se contempla paseando con ella llevándola del brazo *sur le Boulevard des Italiens*, ora en un hermoso coche tirado por dos ligeras yeguas normandas.

A las hijas de San Fernando las trata con cierto *sans façon*, y las distrae hablándolas de sí á fulanita le sienta mas ó menos bien la María Antonieta, si las piezas de su *trousseau* están hechas ó no en París. Y como el hombre que se mete en cosas propias de mujeres, pierde en dignidad lo que gana en ridículo, resulta que esto contribuye á hacerle parecer mas simple.

En sociedad se considera ser el terror de los maridos, y dice que se divierte haciéndoles *le diable á quatre*.

El galicismo no tiene opinión política, ni jamás se ha ocupado de ella. Siente cierta simpatía secreta hácia el emperador, porque logró asistir algunas veces á los bailes *des Tuileries* y de *l'hôtel de ville*. Allí cree que vislumbró, bailando *la schotish et le menuet*.

Abismado en tales sandeces, pasa los años de su juventud, y cuando ya se le han marcado las arrugas en su frente, se encuentra solo, y no habiendo podido alcanzar la mano de la que esperaba, termina, por fin, con dar su nombre á alguna *Mademoiselle* de las que asisten al baile de *Mabille*, la cual concluye con su escasa renta, y luego que le deja sin un céntimo, huye de su lado para volverse á París y continuar en la vida á que estaba acostumbrada.

ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

GOTTARDO ALDIGHIERI.

Cuando en el puro cielo de la música aparece brillante un astro, cuya luz vivifica nuestra alma, apasionada por lo bello, y ansiosa siempre de las dulces impresiones de la armonía, y le hace sentir cuanto de grande encierra el sublime arte, deber nuestro es rendirle el humilde tributo de nuestra admiración, siquiera en pago de las gratas emociones que hemos sentido al recibir en nuestra alma la irradiación de su luz.

Por eso no hemos titubeado en reseñar, aunque á la ligera, la vida artística de los dos astros, que, después de recorrer unidos casi toda Europa, se hallan en la actualidad deslumbrando con su luz al público que ansioso acude á nuestro coliseo Principal. *Maria Spezzia* y *Gottardo Aldighieri*; hé aquí las dos notabilidades que forman el encanto de los adoradores de la divina Euterpe.

De la primera nos hemos ocupado antes que su voz resonase en el elegante coliseo Principal (1). Réstanos, pues, hacer la reseña biográfica del segundo, sin guiarnos otro móvil, que ordenar en algunas líneas los acontecimientos de la vida del

(1) En el núm. 21, correspondiente al domingo 27 de Mayo, insertamos la biografía de la Sra. Spezzia.

aplaudido barítono, proporcionando con ello solaz á los *diletanti*.

En Lazise, pueblo del departamento de Verona, vió la primera luz *Gottardo Aldighieri*, y ya desde su primera edad mostró tal afición al arte dramático, que su padre, rico propietario, se vió en la necesidad de construir un teatro en su casa, en el que el jóven *Gottardo* daba funciones en compañía de algunos de sus amigos, aficionados como él á la declamación. No por esto abandonaba sus estudios en la penosa carrera de medicina que habia emprendido, siendo el ídolo de sus profesores y condiscípulos. Así pasó su primera edad el que mas tarde habia de ser el orgullo de sus conciudadanos y la admiración de los extraños, hasta que, al humilde rincón de su retiro, llegó el grito de independencia lanzado por la Italia. El jóven *Gottardo*, que en su alma de artista encontraba eco todo lo grande, se entusiasmó al grito que acababa de resonar de un extremo á otro de Italia, y abandonando sus estudios, marchó veloz á alistarse en las legiones de voluntarios que se formaban á las órdenes del intrépido Garibaldi. Soldado de la libertad en 1848 se batió en Novara, se distinguió en Velletri, sobre cuyo campo de batalla fue nombrado oficial del ejército piamontés, y mas tarde le cupo la honra de ser uno de los valientes que á las órdenes de Garibaldi defendieron á Roma de los franceses, que en número de 25,000 hombres, á las órdenes del general Oudinot, trataron de tomar la capital del Orbe católico. Por fin, los valientes defensores de la libertad de Italia, tuvieron que ceder al número de sus enemigos, y á la capitulación de Roma siguió forzosamente la dispersión de los voluntarios. *Gottardo* se retiró á Milan, en donde permaneció hasta 1852, que, autorizado por el general austriaco Radenski, marchó á abrazar á su padre, que, en los azares de la guerra, no solamente habia sufrido pérdidas en la salud, sino que su fortuna se habia mermado de una manera considerable.

La situación era angustiosa; y el jóven *Aldighieri*, imposibilitado de seguir sus estudios por los sucesos políticos en que habia tomado una parte tan activa como entusiasta, pidió al gobierno por medio de repetidas instancias la rehabilitación de sus cursos académicos, recibiendo á todas ellas una seca negativa.

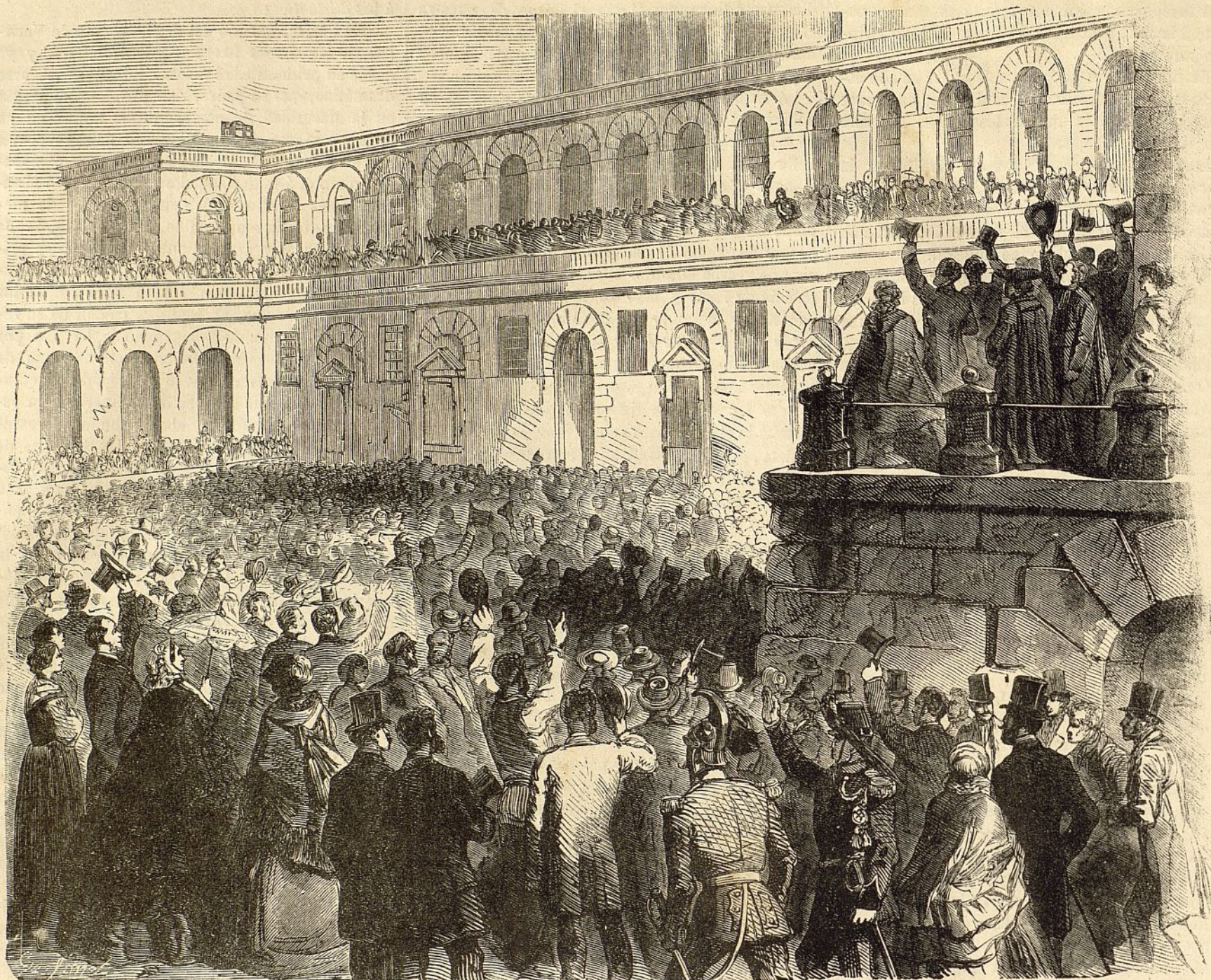
Entonces publicó algunas de sus obras literarias que alcanzando un éxito lisonjero, le dieron nombre de literato, como en la guerra se habia conquistado el de valiente.

Y hé aquí que *Gottardo* pone un punto final á su vida borrascosa y casi aventurera, para entrar de lleno en la vida artística dedicándose al divino arte de la música, en el que tanta gloria debia alcanzar.

Digno émulo del gran *Aldighieri*, ilustre poeta, honra de Italia, parece que sus almas habian nacido gemelas, aunque separadas por la distancia de los tiempos, como iguales eran sus apellidos. Como aquel, *Gottardo* fue estudiante, soldado de la libertad y amante de su país hasta el heroísmo. Ambos pelearon por la libertad, ambos cantaron inspirados por unos mismos sentimientos. El *Aldighieri* de hoy, es hasta el punto en que llegamos, ó sea en la primera época de su vida, el fiel trasunto del *Aldighieri* de ayer, que tanto renombre alcanzó en la república de las letras en Italia.

Gottardo sentia además en su alma una pasión decidida por la música, pero nunca llegó á imaginar que de ella dependía su porvenir.

El terreno estaba preparado, y solo faltaba un grano imperceptible para que brotase el nuevo



El Rey Víctor Manuel respondiendo á las manifestaciones del pueblo en favor de la guerra desde el balcón del palacio de Pitti en Florencia.

raudal de inspiración con que Dios había dotado su privilegiado talento.

En una reunión de amigos cantó una sencilla canción italiana, y la expresión, el sentimiento de su canto, la potencia al mismo tiempo que hermosura de su voz, cautivaron á sus amigos que no cesaron ya de aconsejarle se dedicase por completo al estudio de la música, vaticinándole un brillante porvenir.

Decidióse por fin, y en Milan recibió algunas lecciones del célebre maestro Lamperti, que de cada día admiraba más las felices disposiciones de su discípulo. Cuarenta y ocho lecciones fueron suficientes para que el sabio maestro diese por terminada la instrucción de Gottardo, quien se decidió, en vista de las reiteradas súplicas de aquel, á dedicarse al teatro, y el de Novara fue el primero que admiró al nuevo cantante en *La Traviata*, ópera, que por aquella época había sido salvada de un desastroso fiasco, gracias al genio de *Maria Spezzia*, que más tarde había de ser la compañera inseparable del afortunado cantante.

Y es que la Providencia, siempre sabia en sus inescrutables designios, había impreso en los dos artistas el sello de su poder, para que marchando un día unidos, fuesen iguales sus triunfos, como iguales habían sido las aspiraciones de su genio. Mientras la *Spezzia*, con noble ardimiento regeneró la magnífica partitura de Verdi *La Traviata*

en el teatro San Benedetto de Venecia, Aldighieri hacia en Novara su debut con la misma ópera.

El éxito extraordinario que alcanzó Gottardo fue el pedestal de su fama, y la noticia de su triunfo corrió veloz, esparciéndose por el mundo filarmónico, hasta el extremo de disputarse la adquisición del nuevo cantante los principales teatros de Europa.

Decidido al fin á proseguir una carrera tan brillantemente inaugurada, marchó á Londres con el empresario Lumbley, en cuyo teatro cantó con los celebrados artistas la *Spezzia*, Piccolomini, Alboni, Giuglini y Belletti, alcanzando nuevos triunfos que cimentaron su reputación artística, como antes la habían cimentado como amante de su país en 1848 la guerra italiana, y como inspirado poeta, sus obras en 1852.

Los barceloneses le tributaron grandes ovaciones durante la temporada que cantó en su teatro Principal en el año 1858.

Los triunfos alcanzados, no entorpecieron en la bella alma de Gottardo los sentimientos liberales, ni su amor á la patria que le vio nacer, y no pudo mostrarse indiferente al nuevo llamamiento de Garibaldi en dicha época, y marchó á ponerse á sus órdenes.

Concluida la campaña que puso en el trono de Nápoles á Víctor Manuel, volvió á Londres, en cuyo teatro alcanzó nuevos triunfos que fueron

desde entonces unidos en santa unión á los de *Maria Spezzia*.

La universalidad que conquistó su fama estaba justamente cimentada, marcando su brillante carrera las continuadas ovaciones que alcanzó en los teatros de Milan, Florencia, Nápoles, Palermo, Turin, Paris, Madrid, Trieste, Venecia, Viena, Amsterdam, Berlin, Hamburgo y casi todos los teatros de Alemania, siendo constantemente objeto de las más espontáneas y entusiastas manifestaciones de los adoradores de la divina Euterpe.

También el hermoso cielo de Valencia cobija en estos momentos al aventajado artista, digno émulo de los Ronconi, Varesi y tantos otros como ha producido la bella Italia. Aldighieri ha nacido para el teatro. Su organismo vocal corre pareja con sus facultades intelectuales. De una voz estensa, que recorre toda la tesitura de un tenor, y con una flexibilidad extraordinaria, puede decirse, por vulgar que parezca, que juega con ella, siendo tan sensible la elasticidad de su timbre metálico, que robustece con esquisito gusto y con apurado arte, no solo las notas grandes, sino frases enteras, aunque sean de ligera ejecución. Tan pronto es un dulce acento que hace mantener nuestra alma en éstasis arrobador, como el trueno que conmueve todo el organismo de nuestro entusiasmo. Unase á esto una figura atlética por su talla y por su robustez muscular, pero proporcionada en todas



LIT. V. ALEGRE.

S^A MARIA SPEZZIA Y GOTTARDO ALDIGHERI,
en la ópera GIUDITTA.

sus partes, y se comprenderá que si mucho vale Aldighieri por su inteligencia, mucho debe también á los dones físicos con que la pródiga naturaleza le ha dotado.

Aldighieri se halla, pues, cerca de la meta del arte, toda vez que la union de este con la naturaleza produce neesariamente la perfeccion.

Para concluir, solo podemos repetir una frase que encontramos en *L' Arlecchino*, periódico de Trieste, escrita al pie de una bella caricatura del ya célebre baritono.

Gottardo, tu sei il primo cantore dell' universo mondo.

Valencia 6 Junio 1866.

M. D. MONTESINOS.

CANTARES.

El rey vive en un palacio;
San Pedro vive en el cielo;
Y aun es mejor mi vivienda,
Pues vivo en tu pensamiento.

En el cielo de tus ojos
Nació el amor que te tengo;
Y es por esto el amor mio
Tan inmenso como el cielo.

Soñé ayer que me quemaba;
Desperté sobresaltado;
Y era el fuego, ¡vida mia!
¡Que tú me estabas mirando!....

RICARDO SEPÚLVEDA.

EL MUNDO.

I.

Hay una época todos los años en que la parte brillante y ligera de este pueblo, movable como el mar y mudable como una mujer, sale precipitadamente por todas las puertas de la poblacion, arrojándose fuera de Madrid y alejándose en todas direcciones como parten y se alejan del foco de su luz los rayos de una estrella.

Es curioso ver cómo marchan hacia todos los puntos del horizonte series continuadas de familias, seguido cada individuo de ese segundo y variado *yo* que las mujeres llevan en su mundo y los hombres en su maleta.

Esta general romería se hace en obsequio de esa divinidad caprichosa y voluble que se llama *Moda*.

Toda esa caravana del lujo, de la ociosidad y de los placeres, vuelve lo mismo que se va; cada hombre con su maleta debajo del brazo; cada mujer con su mundo á la espalda.

Ahora estamos todos aquí juntos y unidos por los frios lazos del invierno, formando este agitado conjunto que se llama vida, este revuelto laberinto que tambien se llama mundo.

¡Mundo! Vosotras, pobres criaturas, que vivís encerradas entre las cuatro tapias del pueblo en que habeis nacido, como las perlas en el estrecho recinto de las conchas en que se ocultan, no sabeis lo que es el mundo.

Las montañas se levantan por una parte mostrándoos las ágras pendientes que surcan sus anchurosas faldas, como si quisieran detener vuestras miradas, recogerlas y dirigirlas hacia las cumbres por donde el dia asoma ó donde el sol muere.

Para mirar la montaña que nos cierra el paso hay que levantar los ojos; y siempre que los ojos se levantan, la mirada del hombre se encuentra con el cielo.

Por otra parte el valle se hunde cortando el terreno en surcos profundos que se abren delante de vuestros pies, como si quisiera obligarlos á doblar la cabeza bajo el peso de tristes meditaciones.

La tierra, abriéndose de repente delante de vuestras plantas, parece que os quiere decir «yo soy un abismo.»

Mas allá el rio, precipitándose impetuoso por las gargantas de la sierra, desgarrado por los peñascos que le salen al encuentro, tiene sus aguas limpias y cansadas, buscando inutilmente un reposo que no ha de hallar, y gimiendo unas veces y bramando otras, sigue su camino como un viajero condenado á no detenerse nunca.

Las aguas, que forman un ancho rodeo, dibujan en ondas suaves los graciosos contornos de las huertas como la franja de paja que forma el caprichoso testón de un manto veraz.

Delante de vosotras abre sus brazos como si quisiera deteneros: él os sale al encuentro y os grita: ¿dónde vais?

Situadas por la naturaleza, os encontrais detenidas dentro del espacio formado por la montaña, por el valle y por el rio.

¡Pobres criaturas! ¿Qué sabeis vosotras lo que es el mundo?

Vuestra ignorancia solo os permite ser buenas hijas, buenas esposas y buenas madres.

Cantaís por las mananas, rezais al caer el sol, y bailais los domingos delante del átrio de la iglesia, porque vuestras honestas alegrías son tan agradables á los ojos de Dios, como vuestras humildes oraciones.

Teneis unos espejos en los que comprobais todos los dias la belleza de vuestros semblantes, y la sencilla pureza de vuestras almas.

Os mirais en los ojos de vuestras madres, de vuestros esposos y de vuestros hijos; os mirais tambien en el espejo siempre limpio de vuestra conciencia.

Vuestros adornos son siempre de moda.

Teneis la sonrisa de la alegría; bello adorno fabricado y tejido en el taller de vuestro propio corazon.

Sois gallardas, como el álamo que se cria al sol y al viento.

Cada estacion os ofrece una flor fresca, risueña, acabada de hacer, viva y brillante para que adorneis vuestros cabellos.

El trabajo, la virtud y la inocencia os proporcionan los dos encantos mas bellos de la mujer: la alegría y la salud.

Vuestros cosméticos son el sol que ilumina vuestros semblantes, el agua que refresca vuestras mejillas.

Vuestro aire es el aire de la montaña, suelto, apacible y bullicioso.

Cuando bajais al valle, cruzais la ribera ó subís á la montaña, todo os echa flores: la tierra, el monte, los granados, los almendros, los rosales y los tomillos.

Esta galantería podeis admitirla sin bajar los ojos; podeis admitir esos requiebros sin que vuestro rostro se encienda de pudor, ni palidezca de soberbia.

Podeis recoger esas flores que os arrojan al paso sin que vuestros hijos se avergüencen, ni vuestros esposos se ofendan, ni vuestros padres se aflijan.

La yerba-luisa y la malva-rosa os envian todas las mananas y todas las tardes el silencioso saludo

de sus perfumes, como si os quisieran decir: *aquí estamos*.

Las flores mas tímidas no tienen inconveniente en bordar las paredes de vuestras casas; para ello no piden mas que una gota de agua y un rayo de sol que el cielo cuida de darles.

Las enredaderas incansables trepan por las tapias, suben hasta vuestras ventanas, y allí cuelgan sus caprichosas redes, y moviendo lentamente sus ligeras campanillas parece que quieren decir: *ahora si que no te escapas*.

¿Y los pájaros? No os dejan vivir.

Ellos vuelan delante de vosotras, os siguen y os rodean porque para ellos sois unos amigos de confianza, unos vecinos de toda la vida: son vuestros convidados de todos los dias.

Cuando hace frio se meten en vuestras casas, comen vuestro pan, cuelgan sus nidos debajo de vuestros techos; y si los mirais, pian descaradamente como si dijeran: «aquí estamos todos.»

Al romper el dia abris la puerta, y salen volando y diciendo: «hasta luego.»

Algunos se detienen, revolotean alrededor del nido que dejan oculto entre los palos que se cruzan sosteniendo el techo, salen y entran de nuevo, como si os quisieran decir: «cuidado con mis chiquitines.»

A las doce en punto ya están todos de vuelta; entran como en su casa, cantando; y si la mesa no está puesta, si el pan no está sobre la mesa, si no hay todavía ni una migaja por el suelo, se alborotan, van y vienen de un punto á otro, saltan y vuelan con tal inquietud, que claramente quieren decir: «Eh, ¿no se come en esta casa?»

Llega la primavera, y de cada puerta sale una nueva generacion de pájaros.

Parece que los árboles no esperaban otra cosa, y al instante empiezan á abrir sus flores y á cuajar sus frutos: los pájaros entonces no entran ya en las casas porque no salen de los árboles.

No hay manzana que no piquen, ni granada que no prueben, ni sementero que no escarben.

Bajan en bandadas á los sembrados, y allí nada respetan; ocultos entre la yerba que les *hace capa*, comen sin rechistar.

De pronto oyen un ruido sordo y un murmullo lejano, y el mas listo grita: «arriba,» y se pueblan de pájaros las copas de los árboles que somborean la huerta.

Es el perro de la casa vecina que se entretiene en asustarlos: ellos lo ven, y se dicen por lo bajo: «¡Qué bruto!»

El perro corre de un árbol á otro, salta, se empina, ladra, y al fin se aleja cabizbajo gruñendo estas palabras: «¡Qué pillos!»

Detrás del perro vienen las muchachas; los pájaros las ven y se arrojan á las puntas de las ramas mas altas, como si quisieran verlas mejor: ellas vienen saltando y cantando; los pájaros cantan y saltan tambien de un modo que de seguro quieren decir: «Ola, amigas, buenas tardes.»

En el verano se estiende entre ellos la voz de «á la era,» y desde ese momento no hay grano seguro. Van detrás del trillo como una escolta detrás de la carroza de un rey.

En el otoño echan sus cuentas tomando el sol sobre las tapias de los corrales; desde allí se descuelgan uno á uno como si tal cosa, se mezclan entre las gallinas con la mayor franqueza y pican y comen sin descanso.

Si el gallo se atufa, y erizando las plumas carea como quien dice: «¿qué es esto?» uno, cualquiera de ellos, le contesta en el acto: «calle usted, buen nomhre, que todos somos hijos de Dios.»

Los pájaros son vuestros eternos huérfanos.

Vuestras casas están apiñadas alrededor de la iglesia, como los hijos alrededor de su madre.

Detrás de la iglesia está el cementerio: ese campo-santo, labrado por la muerte, está allí como un amigo que espera: sobre cada sepultura se levanta una cruz, sencilla porque es la verdad, negra porque es el recuerdo de un gran luto, con los brazos abiertos porque es la señal de una gran esperanza.

¡Pobres criaturas! ¿Qué sabéis vosotras? Sabéis amar, sabéis creer, sabéis orar y sabéis morir.

Al nacer todos os besan, al morir todos os rezan.

Vuestra ignorancia es tal, que es preciso que el sol os diga la hora en que vivís, que las flores os adviertan la estación que viene ó la estación que se va.

Hé aquí cómo contáis los años de vuestra vida:

—Esta tiene la edad de aquel manzano.

—Aquella nació al florecer por primera vez aquel almendro.

—Hasta que no vuelvan las golondrinas no puedo yo cumplir quince años.

—¿Cuántas veces se ha cubierto de rosas ese rosal? pues todos esos años vivo yo.

La campana de la iglesia, suspendida sobre vuestras sencillas cabezas, es la que os señala la hora del trabajo, la hora del descanso, la hora de la oración y la hora del regocijo.

¿Amaís? Todo el mundo lo sabe; no ocultáis el amor porque no os avergüenza, y lo publicáis porque os alegra.

Vivís como las flores, á la luz del sol y delante del cielo.

Por todas partes encontrais dulces recuerdos, memorias continuas que vienen á hablaros de vuestro cariño, de vuestro respeto, de vuestra fé.

Yo os oigo decir:

—Aquel álamo lo plantó mi abuelo.

—Aquí, sobre esta ladera, se sentaba aquella buena anciana que nos enseñaba á rezar.

—A la sombra de este castaño, veía la campiña que no podía correr.

—Este relicario me lo puso mi madre al cuello el día de mi boda: á ella se lo puso su madre el día que se casó, yo también se lo pondré á mi hija.

¿Y esto es vivir? ¿Y estas criaturas, al cerrar los ojos por última vez, podrán decir que han visto el mundo?

¿Y la civilización y la sabiduría y el progreso ha de dejarlas en tan profunda ignorancia?

Yo os enseñaré un pequeño mundo, ese mundo que las mujeres de la civilización, de la sabiduría y del progreso llevan á la espalda al correr por el mundo.

Es un mundo sobre el que brilla el sol y el cielo de los placeres.

Es un paraíso en que la tierra es de seda y los ríos de oro.

Dejadme unos cuantos días, y yo os enseñaré ese mundo terso y brillante, lleno de rincones, de secretos y de oscuridades.

Aquí lo tengo como una joya encerrada en su estuche: otro día abriremos el estuche y veremos la joya.

II.

El mundo es una bola.

Dentro del sentido vulgar de la última palabra del renglón que antecede, se encuentra contenida la definición mas exacta y mas completa del mundo.

No hay mas que llamar especialmente la atención subrayando la palabra *bola*, para que se caiga en la cuenta de la expresiva significación de esa figura.

Encierra la palabra *bola* una verdad física y una verdad moral.

Es á la vez una figura geométrica y una figura retórica.

Es una palabra doblemente intencionada.

El mundo es una *bola*: así lo pinta la astronomía después de haber tendido sus sábias miradas por la redonda superficie de la tierra.

El mundo es una *bola*: así lo define la triste experiencia sacada del mismo mundo: el mundo es una *bola*, es decir, el mundo es una mentira.

Hay nombres que se salen del Diccionario como un desocupado se sale de su casa, y sin saber qué hacerse vienen después de dar muchas vueltas á caer por gracia ó por capricho sobre ideas que no estaban aun perfectamente definidas.

Estos nombres penetran é iluminan el sentido de las cosas como un rayo de sol entra alegre y risueño en una habitación alumbrada por la triste claridad de una lámpara.

Bola: hé aquí una palabra que ha estado rondando largo tiempo por la larga extensión del Diccionario, sin descubrir la profundidad de su sarcástico sentido hasta que ha tropezado con el mundo.

De la misma manera el pedernal testarudo ocultó la chispa en sus entrañas duras y frías hasta que el acero tuvo la feliz ocurrencia de salirle al encuentro, ponérsele delante y herirle.

La chocante comunicación del acero y de la piedra ha producido el luminoso descubrimiento de la chispa; de la relación superficial del mundo con la *bola* ha saltado á nuestros ojos un rayo de luz.

Hé aquí cómo sin pasar de la superficie del mundo hemos llegado á su mayor profundidad.

El mundo es una mentira.

Para descubrir una mentira es preciso ahondar mucho; porque la mentira es una cosa cuyo secreto consiste en esconderse tenazmente detrás de todas las superficies de la verdad.

Es lo falso que mata á lo cierto y se cubre con su piel.

Los errores no serían temibles si no tuvieran la precaución de echarse á la calle embozados en el manto de la verdad.

Decidme cómo podría pasar un duro de plomo, si antes no se escondiera cuidadosamente dentro de todas las apariencias de veinte reales.

Habéis observado que me sirvo con frecuencia de la moneda para echar sobre mis pensamientos la claridad de las comparaciones.

Es el único despilfarro que me permito: cada uno tiene su lujo y yo tengo ese: dejo caer de vez en cuando una moneda para que la recoja el transeunte.

Yo conozco muy bien el espíritu literario y filosófico del mundo, y sé que en ninguna parte se fija la atención con mas empeño que en aquellas en que se ve el brillo ó se siente el sonido de un duro.

¿Con qué había de convenceros mas pronto y mas victoriosamente que presentándoos el testimonio irrefragable, la prueba concluyente, de veinte reales?

¿Se ve hoy algo en el mundo con claridad sin la ayuda de esa luz blanca y amarilla que brota del dinero?

Dice este: «El porvenir está muy oscuro.»

Dice aquel: «No veo camino.»

Dice otro: «Mi suerte es muy negra.»

Los tres quieren decir una misma cosa; los tres dicen: «no tenemos un cuarto.»

¿No es el dinero el que nos hace abrir los ojos y cerrar las manos?

¿Qué hombre se atrevería á pensar siquiera sin consultar antes el misterioso oráculo de su bolsillo?

¿Qué es un bolsillo repleto? una fortuna.

¿Qué es un bolsillo vacío? una desgracia.

Poned resueltamente la mano sobre el corazón de la época, que es el negocio, y decidme: ¿hubiera escrito M. Ernesto Renan su *Vida de Jesús* sin las sugestiones del interés, sin la tentación de la codicia?

¿Cómo se hubiera empeñado en perder el tiempo, cubriendo con el velo de su falsa literatura la divinidad del Hijo de Dios, si no hubiera creído y esperado que iba á descubrir un río de oro?

Gran especulador, ha conocido el inmenso valor de la joya que iba á poner en venta y ha contado de antemano los ignominiosos millones de su ganancia.

¿Quién había de estudiar el negocio mejor que un sabio?

El mundo es así, y por eso os muestro un duro para que mireis; lo hago sonar para que escuchéis; hablo en plata para que me entendáis.

Basta que sea duro; no importa que sea falso, porque el dinero es la primera mentira del mundo.

Es el brillo con que está dorada esta *bola* que todos nos resistimos á tragar: es el sofisma á cuyo falso impulso *rueda la bola*.

Es el color, no el cuerpo; es la forma, no la esencia; es el aire, no la vida; es el medio, no el fin.

Es el color, porque se disipa; es la forma, porque desaparece; es el aire, porque se escapa; es un medio, porque jamás se llega á la posesión del último duro.

Formalmente no ha dicho nadie todavía «no quiero mas.»

No es propiamente dicho una verdad; si lo fuera, lo sería igualmente para todos, y el dinero no es mas que para los ricos.

Estraña verdad sería esa que todos la buscan con el mismo afán y solo hay algunos que la encuentran.

El dinero es una apariencia que se deshace al primer mal paso de la fortuna, un poco de humo que se disipa al mas ligero soplo de la adversidad, un brillo que se apaga con el solo contacto de la desgracia; es, en fin, la perspectiva de la suerte.

Esa es la primera ficción con que el hombre tropieza al empezar á andar solo por el mundo: al soltar el apoyo de su madre que lo lleva de la mano, se agarra al dinero para no caerse.

Es una creación del hombre, y como todo lo que el hombre crea, es falso.

La verdad es la pobreza, la miseria universal.

Ved sino á todos los hombres agitando, codeándose, empujándose, pidiendo dinero, buscando dinero, tomando dinero, como si el mundo no fuera mas que un enjambre de mendigos.

El bolsillo no tiene medida.

Hé aquí la pobre medida de su valor: nunca es bastante.

A todo el mundo le hace siempre falta un duro. ¿Os sonreís? Pues bien: arrojad un bolsillo en medio de la calle, y ved si hay alguien que no quiera recogerlo.

Hemos tomado á la codicia por riqueza, á la necesidad por satisfacción.

¿Qué es dinero? Una cosa que siempre vale menos de lo que cuesta, un artificio, una superchería, un engaño en el cual todos hemos convenido.

Estas son las puertas doradas del mundo que tengo delante. Para llamar á ellas, no hay mas que golpearse el bolsillo; si suena, las puertas se abren de par en par; si el bolsillo no suena, las puertas permanecen cerradas.

Por ahí empieza este mundo que vosotras, pobres criaturas que vivís encerradas entre las cuatro tapias de la humilde aldea en que habeis nacido, no conoceis.

Este mundo no ha salvado aun la montaña, el río, el valle con que la naturaleza os tiene sitiadas como si fuera una madre que os rodeara con sus brazos para deteneros.

¡Pobres criaturas! Este manantial de oro no ha ido todavía á fecundar la tierra agradecida de vuestras graciosas huertas.

Esta brillante agitacion, demasiado ocupada, no ha podido ir aun á turbar la dulce paz de vuestra vida risueña.

Esta sabiduría no os ha enseñado aun á mentir y á engañaros.

Esta civilizacion no ha ido todavía á deciros cómo podeis aborreceros.

Este desesperado bienestar no ha podido aun ir á turbar la tranquilidad de vuestro trabajo ni el sosiego de vuestro sueño.

Esta riqueza no ha llegado aun á revelarse hasta dónde pueden llegar las angustias de la miseria.

Esta vida decrepita no ha podido aun robaros la lozanía de vuestra juventud, porque no ha podido manchar la limpieza de vuestras costumbres.

Esta ciencia no ha podido corromper todavía vuestro corazon: esta literatura no ha conseguido aun estraviar vuestros sentimientos.

Este vicio fino, culto, ilustrado, aun no ha llegado hasta vosotras y no ha podido arrancaros las virtudes sencillas y cristianas que anidan en vuestros corazones, como los pájaros alegres anidan en las gallardas copas de los árboles que dan sombra á vuestras humildes viviendas.

Este es el peristilo del mundo que vosotras no conoceis.

J. S. CARRASCO.
(Se concluirá).

FAUSTO.

El sábado se cantó por vez primera en el teatro Principal la ópera *Fausto*. El público, que durante la temporada actual se ha retraído bastante de asistir al teatro, llenó aquella noche todas las localidades, deseoso de oír la célebre partitura y de admirar á la Spezzia, Selva y Aldighieri, que, segun voz pública, interpretaban admirablemente la obra del maestro alemán. Y en efecto, la fama no habia exagerado las bellezas de la obra ni los primores de la ejecucion. La música del *Fausto* es sublime por la espresion y perfecta por la estructura: es un poema musical que impresiona vivamente el ánimo del que sin poder profundizar los misterios del divino arte, sabe sin embargo sentir la buena música, y un conjunto de bellezas de primer orden que no se cansa de admirar el que está iniciado en las sábias combinaciones del contrapunto. Si el público en la primera representacion no sintió toda la belleza de lo que oía, si no llegó á su alma con todo el calor que debia la inspiracion del compositor, es porque no está familiarizado con el génio musical de la sábia Alemania. Mozart le era completamente desconocido y apenas habia empezado á saborear á Meyerbeer cuando ha venido Gounod casi por

primera vez á iniciarle en las emociones de una música tan distinta de la que tiene costumbre de oír. En este concepto la concurrencia ha mostrado mas sorpresa que entusiasmo en las dos primeras representaciones del *Fausto*, y necesita en nuestro concepto habitar el oído á ese género de música para llegar á sentir toda su belleza. Por desgracia parece que las representaciones de esa ópera serán harto limitadas para obtener el resultado que auguramos y satisfacer al propio tiempo los deseos de la parte del público que disfruta sus bellezas desde las primeras audiciones.

Nosotros creemos interpretar muchos deseos al aconsejar á la empresa que llene con esa partitura el número de representaciones extraordinarias que se haya propuesto dar.

En cuanto al desempeño de la obra ha sido altamente satisfactorio. Empezando por la orquesta, que, estimulada sin duda por la misma dificultad de la música, ha hecho un esfuerzo laudable y coronado del mejor éxito para ponerse á su altura, y acabando por los coros que vemos con gusto animados del mismo espíritu, todo ha sido esmerado y superior á lo que se oye ordinariamente en el teatro de la calle de las Barcas.

La Sra. Spezzia está dando en la parte de Margarita una muestra de su talento superior. Creemos que no se puede interpretar con mas sentimiento, con espresion mas verdadera esa música, cuya patética sencillez requiere altas dotes de sensibilidad y un arte muy esquisito en la cantatriz encargada de darle vida. Hay que almirar á la Spezzia desde la primera hasta la última nota: todo lo que canta, todo lo que espresa es natural, verdadero, admirable. Su órgano maestro espresa á maravilla las fluctuaciones del temor, la esperanza, el amor. Los primeros latidos de la pasion encuentran en su garganta notas admirables que espresan todavía el candor de un corazon que despierta para el amor; despues la pasion ardiente brota de aquel acento con la misma espresion admirable, y el dolor encuentra en la artista la misma elocuencia. Es una obra acabada: para sentirla, para ver hasta qué punto la Sra. Spezzia salva los límites de la medianía y se coloca en la esfera superior del arte, es fuerza penetrarse del personaje que interpreta y seguirla despues paso á paso para ver con qué talento, con qué verdad se suceden los diferentes afectos que quiere comunicar á su auditorio y con qué maestría consigue llegar á la perfeccion del arte, que consiste en saber ocultarlo.

La Sra. Spezzia nos habia parecido una artista superior, pero nunca nos habia impresionado tanto como en la creacion á que aludimos. Si la espresion de nuestro entusiasmo es algo tardía, es porque hasta que la hemos oído en el *Fausto* no lo ha producido en nosotros en un grado que estuviera á la altura de su reputacion. Hoy hace vibrar con su génio las fibras de nuestro corazon y la enviamos sinceramente la espresion de nuestro entusiasmo. Una artista de un renombre no basta que se eleve sobre la medianía, es preciso que toque en lo sublime, y esto es lo que á nuestro modo de ver y de sentir consigue la Spezzia en la Margarita del *Fausto*. El público le debe mas de un aplauso, ó por mejor decir, algunos grados mas de calor en los que le tributa: con todo, creemos que antes que terminen las representaciones del *Fausto*, la escogida concurrencia del teatro Principal saldrá sus cuentas con la cantatriz.

Selva es realmente el Mefistófeles que nos habia ponderado la fama. Su talento encuentra modo de dar movimiento al poema, del cual se puede decir que es el alma; alma infernal, es verdad, pero tan llena de siniestra agitacion y de estraña

vivacidad, que no mueve la fisonomía, no dá un paso, no levanta un brazo sin que se vea en él el génio encarnado del mal. Como actor, Selva es muy notable en el *Fausto*, y como cantante conserva bastantes facultades para completar la creacion que tantos aplausos le ha valido. El público le aplaude con entusiasmo en varios pasajes y no hace mas que darle el premio que merece su talento. Como la Spezzia, como todos los artistas que se levantan á mucha altura en una creacion, Selva es siempre el personaje del poema, desde la primera á la última nota, desde el primero al último ademan.

Así, pues, los intérpretes realmente inspirados del *Fausto*, los artistas que están á la altura del poema, son la Spezzia y Selva: en ellos hay que buscar las emociones inesperadas, los rasgos de génio, y en una palabra, la perfeccion relativa del arte.

La parte del barítono es escasa: con todo, Aldighieri, sabe conmovier al público en el único momento que le concede la partitura.

Oliva Pavani defiende bien su parte, y aunque su entusiasmo languidece en algunos momentos, como es costumbre en este cantante, hay otros en que arranca justos aplausos.

Tal es la primera impresion que ha producido en nosotros la representacion del *Fausto*, ópera de singular mérito que deseamos ver repetida cuantas veces le sea posible á la empresa, seguros de que tarde volveremos á disfrutar de un poema lírico tan notable por su belleza y por su esquisito desempeño.

P. G. C.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

¡Creiste hacerme feliz uniendo mi juventud á su ancianidad!.... Error craso, aunque comun. Dios no bendice semejantes bodas; la lozanía de la juventud no puede vivir con el hielo de la vejez.... el hielo agosta las flores.

Es imposible pintar tantas tentaciones en un hombre tan degradado para apartar á su esposa del sendero del bien; el mal nunca ha alucinado con tantos atractivos á una mujer altiva como ella, de imaginacion fogosa y arrebatada, cansada ya de pasar por una série interminable de humillaciones.

En el paroxismo de mi vanidad quise casarme con un título, y este es el que hoy me cierra las puertas de la ventura: como Luzbel, he merecido la cólera de Dios por haberme rebelado contra los instintos leales y los sentimientos nobles que el habia sembrado en mi alma.

No nos privemos de ningun placer, ya que los placeres andan tan escasos en la vida, y ya que la vida es sueño, como dijo un poeta; vivamos, pues, y soñemos, como dijo otro.

JACINTO LABAILA.

PROPIETARIO: D. G. F.

Editor responsable: *Pedro Mesonero*.

Imprenta de *El Avisador*, á cargo de J. Peidró.